

Don Jesús María Caamaño Martínez (Noya, La Coruña 1929-Madrid 2015) Un ejemplo de sabiduría y discreción



Con la muerte de Jesús María Caamaño las generaciones de los “antiguos profesores” –jubilados, eméritos o a punto de cualquiera de tales estados– nos hemos quedado aún más solos (¿o ya solos del todo?) y como residuos de aquellos tiempos en que, sin los medios actuales, se llevaba a cabo nuestro trabajo docente, utilizando la palabra, la tiza, la pizarra y el proyector y nuestras labores investigadoras a base de trabajos de campo y de expurgo en archivos todavía no informatizados y, las más de las veces, desorganizados y, también las más de las veces, ordenados más o menos, a cuenta de nuestros propios expurgos y búsquedas.

En este ambiente, que en nada disminuía el mérito, el éxito y la apreciable labor del profesor universitario (aunque a los jóvenes docentes les cueste creerlo actualmente) se desarrolló la actividad de Jesús María Caamaño Martínez y a lo largo, nada menos, que de las universidades de Santiago de Compostela, de Valladolid, de Salamanca y, finalmente, de la Complutense de Madrid, y, en esta última, ocupando la cátedra de Arte Medieval, cuyos titulares anteriores (nada menos que Don José María de Azcárate, Don José Camón Aznar, Don Manuel Gómez Moreno y Don Elías Tormo) habían conferido un especial prestigio, Cátedra, que, a la jubilación del Doctor Caamaño, tuve el honor de acceder y que ha constituido la última “Cátedra Histórica” de la Complutense, hasta haber sido absorbida dentro de la actual área genérica de Historia de Arte.

Pues bien, en Santiago, Valladolid, Salamanca y Complutense impartió docencia Don Jesús María con una meticulosidad, orden y claridad que hubiese aprendido de sus maestros y con una dedicación total a sus alumnos, no sólo en la impartición de

clases, sino también en la dirección de Memorias de Licenciatura (entonces denominadas “tesinas”) y de Tesis Doctorales.

Y junto a ello, llevando a cabo, una investigación que, tal como entonces la entendíamos, iba centrada y encauzada hacia la docencia, es decir: una investigación cuyo objetivo primordial era ampliar los conocimientos y abrir horizontes en la impartición de las clases universitarias; en una palabra: una investigación que buscaba no el lucimiento personal del investigador, sino la utilidad, el enriquecimiento y la apertura de nuevas vías para el alumno universitario, futuro especialista y, a su vez, también futuro investigador que pudiera partir de una base plena de sugerencias y de “puertas abiertas”.

En este último aspecto es forzoso recordar sus aportaciones sobre el arte gótico en Galicia, referencia obligada dentro del estudio del arte medieval hispano y, así mismo, sus contribuciones al conocimiento del prerrománico español, destacando ante todo sus múltiples sugerencias, datos y fijación de cronologías y autorías a lo largo de un número increíble de artículos publicados en revistas especializadas y de divulgación, artículos que, como decía el propio Caamaño al trazar la *Laudatio* del profesor Azcárate, allá por 1993, “se ocupan del arte de distintas épocas en sus diversas manifestaciones y con diferentes enfoques: de la antigüedad a la contemporaneidad, de la arquitectura a las artes suntuarias, de la obra al autor y su circunstancia, del hacer artístico y técnico a la mentalidad del momento”.... Palabras escritas por un “Caamaño-discípulo” referidas al que fuese su profesor y palabras que, a su vez, le definen a él: dentro de los conceptos de la “antigua universidad” el mayor cumplido que un profesor puede recibir al igualarse a su maestro.

Ahora bien, todo este trabajo docente, toda esta actividad investigadora y todo este caudal de investigaciones, lo llevó a cabo Caamaño dentro de la máxima modestia, tanta que, incluso, en ocasiones, pasaron desapercibidas sus aportaciones, llegando a ocasionarse sorpresas –y no pocas veces– cuando, al tratarse de algún aspecto concreto en un congreso, coloquio o mesa redonda, de pronto, alguien exclamaba: ¡Pero si esto ya lo probó Caamaño hace tiempo! o, ¡Pero si esto ya lo explicaba en sus clases el profesor Caamaño!... Y, así, es como fue capaz de unir en su persona, sabiduría y discreción, mérito, por desgracia, no demasiado común en nuestra Universidad.

Por último, la vida del profesor universitario no es sólo su docencia y su investigación, debe serlo también su trabajo en la organización y el gobierno de la misma, debe implicarse en su vida burocrática y aceptar responsabilidades directivas. También en este sentido Don Jesús Caamaño estuvo entregado con el mundo universitario, ocupando durante años el cargo de Director del Departamento de Arte Medieval de la Complutense, creado por José María de Azcárate y único Departamento centrado en el arte del Medievo de toda la universidad española.

En poquísimas palabras, pues, tenemos la esencia de toda una vida, de toda una entrega, la de un sabio discreto que entró y salió “de puntillas” de la universidad española y cuyo recuerdo es –debe ser– imborrable: Don Jesús María Caamaño Martínez.

Fernando DE OLAGUER FELIÚ Y ALONSO

Catedrático de Arte Medieval, jubilado
f.olaguerfeliu@ghis.ucm.es